

NUESTRA “BENDITA” CLASE MEDIA

“Todo está mal. Esto no da para más. Te roban todos los días. En cualquier momento se produce la hecatombe. Vaya a saber que será del país, la culpa es del gobierno (como antes lo había sido de otros gobiernos pero nunca de “nosotros”), era entre otras algunas las quejas que al unísono vertían distintas personas que dialogaban en una reunión. Y a continuación se les escuchaba agregar “...La semana que viene que voy a Europa por 30 días. Yo compré un departamento en Miami porque en el país no se puede dejar la plata. No sabés el fierro (refiriéndose a su nuevo auto) que compré...” Y así siguió la plática.

¿Se trataba de una charla entre integrantes de la clase alta Argentina? No, para nada, eran componentes de nuestros sectores medios.

Ante ello y a raíz de un libro recientemente aparecido (“La historia de la clase media de Ezequiel Adamovsky) sería interesante reflexionar sobre el particular.

Sabido es que su origen en este país se remonta al proceso que deviene de la inmigración y de sus descendientes.

Toda esta historia comienza con la llegada de aquellos que bajaban de los barcos anclados en el puerto de Buenos Aires o Montevideo, que los habían cobijado en sus hacinadas “panzas”, en largas, interminables y sufridas travesías. Guiados y custodiados por la esperanza de un mundo nuevo, en el que esperaban hallar un futuro mejor que les hiciera olvidar todas sus penurias y pobreza extrema. Unos se afincaron con peores o mejores suerte. Otros, al poco tiempo volvieron con la cabeza gacha a sus lugares de origen.

En ese ambiente nacieron sus hijos en los principios del siglo, especialmente hasta el 20, dando lugar a la generación de nuestros padres. También se estaba gestando en muchos de ellos la génesis de nuestra clase media, en sus distintas variantes, tan vilipendiada muchas veces como endiosada en otras.

Las clases sociales, se trate de la alta burguesía, como de la media o de la obrera, cumplen determinados roles según los tiempos históricos.

Muchas de ellas suelen ser “progresistas” o “reaccionarias” aún contradiciendo su propia pertenencia.

Generalmente los sectores más “revolucionarios” e inductores de las grandes transformaciones históricas no han provenido de los sectores bajos, sino de la burguesía, devenidos en esos momentos en sujetos del cambio. Por el contrario, otras veces se han abortado procesos de cambio por interferencias o equivocadas interpretaciones de los sectores más desprotegidos de la sociedad.

El hecho de la pobreza de una persona no la convierte en “revolucionario” y muchas veces son tan o más conservaduristas que los propios representante de dicha clase social.

Según el autor citado para el caso no se debería hablar de “clase” sino de sectores medios, en tanto que no existen comunes denominadores entre sus distintas pertenencias.

La clase o sector medio no es pura sino que exhibe en su composición media alta y en la media baja acercamientos con la alta burguesía o con la clase baja, más allá de la pura conformada por la media media. En cualquiera de sus acepciones ha sido endiosada o demonizada especialmente por nuestros intelectuales, los cuales en su mayoría provienen de ella.

Para el caso en tratamientos volvemos a expresar que todo en la vida no son verdades únicas sino que todas las verdades son relativas, las cuales en su oposición y confluencia generan las verdades históricas, las cuales en definitiva son las que trascienden y mantienen permanencia.

Así Juan José Sebreli en su obra “Buenos Aires vida cotidiana y alineación” al tratar la relación de la clase media con la alta burguesía, expresa:

“La clase media de un país escasamente industrializado estaba destinado a trabajar para la burguesía terrateniente, de la que obtenía, a la vez, sus fuentes de ingresos y su dignidad social.

El éxito mayor de la oligarquía ha sido instalar en el corazón de las clases subalternas, haciéndoles compartir sus propios juicios y aún los que emitía sobre sí misma.

En una sociedad que identifica el ser con el tener y desde lo poseído es el único medio para ser reconocido por los demás, la clase media estaba condenada a emplear todo lo que tenía para aparentar tener lo que no tenía, o engañarse con un falso oropel.”.

También relativiza lo cultural y utiliza lo sexual como represión en la educación:

“A la afectación de prestigio y posesión de la clase media correspondía la tendencia a simular una cultura que no se tenía o a querer abarcar el mundo de los conocimientos sin ningún esfuerzo...”

“El proclamado laicismo de la clase media no advertía su contradicción con la obediencia a los más retrógrados perjuicios de la moral Judea cristiana en su represión a la sexualidad como placer independiente de la procreación.”.

En relación a la música popular urbana de las clases medias de comienzos de siglo agrega:

“El tango, que fue en sus orígenes, la música del prostíbulo, reflejó después los sentimientos de represión sexual. A la alegría del tango de la guardia vieja, siguió la melancolía del tango lento, que acompañaba la soledad de la clase media...” y complementa su interpretación socio-psicológica afirmando “...la incomunicación sexual fue tema de las letras de tango, expresada indirectamente a través del abandono de la pareja, la madre contrapuesta a las demás mujeres, la juventud disipada, la amistad entre varones, el honor perdido, la caída, la infidelidad conyugal, el retorno al hogar paterno...”

Tal interpretación del contenido y representatividad de la música popular urbana contiene errores de escenarios, por un lado, pues al describir ese tango lento se está refiriendo a la larga década del 40, donde precisamente el tango ostentaba masividad y las clases populares participaban del mismo, especialmente en su géneroailable. Por otra parte las temáticas que Sebrelí le adjudica al tango como expresión de sus complejos sexuales se trata de temas de carácter universal que todas las músicas del mundo la tratan de acuerdo a sus circunstancias.

Además el tango, como expresión popular, va más allá de interpretaciones psicológicas pues es abarcativa de toda una temática social y conforma un hecho cultural.

Como bien lo señala Jorge Göttling en “Tango, melancólico testigo” “El tango es el paisaje más original de Buenos Aires. La aleación entre la ciudad y el tango es tan poderosa que cuesta trabajo separarlos: el tango es el telón de fondo de la ciudad y la ciudad es el único decorado que el género necesita para desarrollarse. Quien crea que el tango es sólo un

movimiento musical parte de una hipótesis errónea y estafalaria. Se trata de una manera de ser y de sentir, de un aire interno, de un estrecho código de conducta. Hasta su geografía lo define como un sentimiento: el arrabal no es solo una noción de catastro sino un peculiar modo porteño, un especial modelo de comportamiento, un abanico de complicidades y sobreentendidos...”

Para agregar “...Triste, solitario, sensual y definitivo, una ruta musical de ida sin retorno: el plasma más perfecto para describir la minucia del porteño, el amor módico y central del hombre gris con la mujer marrón, los encuentros y fracturas de la relación de pareja...Triste por necesidad, por vocación y por herencia. No hace falta demasiado esfuerzo para adivinar sus orígenes: la cabeza gacha de los inmigrantes de principios de siglo (el XX) añorando la rubia mujer dejada allende los mares, la soledad tenebrosa de los conventillos –los templetes de los hombres solitarios-constituyen el origen literario del tango. Hay todo un movimiento perpetrado por la necesidad de poner música y verso a esta pequeña opera de tres minutos para ser prolijamente caminada. En rigor, un pensamiento que se puede bailar...”

Siguiendo con Sebrelí, el mismo elabora una interpretación muy capciosa como si la descripción solo perteneciera al integrante de la clase media y no al hombre como elemento que hace a su seguridad, cuando afirma “cobraba un sueldo un día fijo y esa repetición cíclica, ese eterno retorno de los fines de mes le daban un sentimiento de seguridad sobre el cual contaría toda su vida... comía, dormía a horas fijas, iba al mismo cine los días domingos, a ver películas que terminaban siempre del mismo modo, frecuentaba el mismo veraneo todos los años...” como si ello no fuera trasladable al obrero que esperaba con ansiedad el cobro de la quincena y participaba, en esa época, de tales ritos.

Suele ocurrir con algunos intelectuales provenientes de la izquierda o del “progresismo” que en su afán de originalidad y competencia con sus colegas, sin un análisis dialéctico, se convierten en los principales aliados de las clases altas, que en la mayoría de los casos los aceptan, como a algunos de nuestros políticos “progresistas”.

El famoso y muy repetido ejemplo de nuestros intelectuales “progresistas” que se suben al caballo por la izquierda y se bajan por la derecha para pasar a escribir en los suplementos de las publicaciones “tradicionales”.

Si bien existe parte de la clase media alta, que pretende formar parte de la clase alta, ello no ocurre en el conjunto y como bien lo señalaba Florencio Sánchez en su obra “En familia” donde expresaba “...constituimos nosotros y es mucha la gente que nos acompaña, una clase social perfectamente definida que entre sus muchos inconvenientes tiene el que no se sale jamás de ella...”

En la interpretación del peronismo Sebreli señala “...El peronismo era un desafío a la tradición pequeña burguesa, a sus costumbres, a lo valores establecidos, a sus clisés morales, a una inhibición filistea, a su hipócrita ideología de la virtud ...” contraponiendo al integrante de la clase media “antiperonista” con el obrero que integraba el peronismo.

En dicha calificación comete el error de analizar un momento histórico del país, con sus aciertos y con sus errores, y que la historia ha comenzado a valorarlo en tal sentido, con las pertenencias sociales, en donde muchos de quienes adherían a Perón tenían una clara identificación pequeña burguesa en sus formas de vida.

Veinte años más tarde de aquellas afirmaciones, al reeditar el libro, con un agregado en mérito al tiempo transcurrido, rectifica muchas de aquellas afirmaciones y entre otras expresa:

“De acuerdo con las utopías en boga en los años sesenta, en Buenos Aires...le otorgaba a la clase obrera un papel protagónico. El proceso histórico ha demostrado, por el contrario, que es una clase declinante. Después del extraordinario ascenso operado en el período de sustitución de importaciones (1933-1950), en la etapa posperonista la crisis de la pequeña y mediana industria produjo un descenso del número y de los ingresos del obrero asalariado y, a la vez, un aumento del trabajador de servicios...”

“...En la era global, el desarrollo tecnológico, el automatismo y el robot han provocada una disminución considerable del trabajo manual. Como consecuencia, el sindicalismo perdió influencia a partir de los setenta y más aún en los noventa. La fragmentación y la heterogeneidad señaladas en la clase media se dieron, igualmente, en la clase obrera. Se acentuaron las contradicciones entre los trabajadores calificados y los no calificados...Las hostilidad a veces, ha culminado en tumultos entre los habitantes de las villas miserias y quienes viven en los humildes barrios aledaños a éstas; entre los modestos comerciantes asaltados y los delincuentes refugiado en las villas...”.

Y agrega al respecto: “En Buenos Aires...adhería a los clisés del izquierdismo de entonces y concedía –siguiendo a Sartre_ un papel revolucionario a los obreros no calificados, por ser los más desfavorecidos. Lejos de cualquier papel protagónico, este sector tiene un porvenir incierto; su opción está hoy entre tomar un trabajo precario, negro, marginal e inestable o integrar las filas de los desocupados. El obrero calificado y especializado sobrevivirá, confundido con la clase media baja, aunque, como ésta, necesitará cada vez más instrucción, aprendizaje y formación profesional...”

Estas consideraciones últimas de Sebreli aún cuando pueden ser válidas para el momento actual, al igual que le pasara en los 60 no son inmodificables en tanto la historia contrariando también a quienes hayan dicho que se han terminado la ideologías, es de una permanente dialéctica y cambios sociales, cualquiera fuere el rumbo que tomaren.

Más allá de consideraciones sociologías o políticas, la clase media en su conjunto ha exhibido una innegable doble acción, centrífuga y centrípeta, en tanto sus arcos extremos tienden a desplazarse hacia las otras clases, como que en definitiva vuelven al centro de la misma. Su propia gestación, principalmente devenida de la inmigración, le ha otorgado características y raíces propias e inescindibles, aún en las peores épocas de nuestras crisis nacionales.

El desprecio de las clases dominantes por el inmigrante lo eran no por su origen sino por su función productiva. Era más difícil explotarlo que al peón nacional de la clase baja. En dicha apreciación convergen muchos de nuestros intelectuales que le achacaran a la clase media vivir de actividades no productivas, ligadas principalmente al comercio y a los servicios.

Sin embargo esa clase social fue la base política para el acceso en 1916 de las clases populares al poder, el cual nadie podrá adjudicárselo en forma gratuita, pues fue el producto de largas luchas, aún de carácter armadas.

También parte de ella serían socias de la clase obrera en 1945. En virtud de las mejoras económicas que recibieron como beneficiarias de un estado de bienestar, las ubicaban en el contexto social de clase media, aún cuando políticamente podrían estar enfrentadas.

Si analizamos la procedencia de esos sectores, aquellos que hoy aún superviven o sus descendientes, en su gran mayoría pertenecen a la clase

media profesional, comercial o industrial, pese a cualquier declive económico o laboral, porque tal ubicación social no tiene dichos parámetros sino que lo son por su carácter de pertenencia.

Cabe recordar que ese acceso de las clases populares al poder, encabezado por sus sectores medios en 1916 no fue un mero acompañamiento al poder real. Por el contrario los gobiernos, especialmente de 1916 y el efímero de 1928, representaron un cambio y una constante lucha contra los sectores enquistados en los poderes de las provincias y en los ámbitos legislativos y judiciales, que habían sido hasta ese entonces funcionales a los gobiernos conservadores.

Fue así como se debió confrontar con intervenciones a las provincias, con el legislativo y el judicial. Pese a ello se democratizó la educación en la enseñanza superior mediante la Reforma Universitaria de 1918 y en la educación primaria con el alto grado de alfabetización alcanzada. La defensa de los intereses nacionales en todos los foros internacionales mediante un respeto por las decisiones propias y la política de la libre determinación de los pueblos; como la irrestricta política nacional en materia de hidrocarburos con la explotación del subsuelo y la creación del ente Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Política independiente que en definitiva, pese a los errores propios, la elevada edad del caudillo, la derecha dentro del propio partido gobernante, y la defección de quienes lo rodeaban, y el silencio de muchos sectores aún los medios que funcionaron como “idiotas útiles”, fue atacada por los grandes grupos económicos nacionales emparentados con intereses extranacionales, y acompañados de la ultra derecha nacionalista para emprender en nuestro país los ciclos de las asonadas militares, que luego serían una constante de nuestra historia reciente.

Otro enfoque que podría señalarse está dado por asociar a nuestra clase media, aún en sus crisis, con el desarrollo, y principalmente con la educación.

Pese a todo ello, la clase media argentina ha sufrido en los últimos 50 años enormes desazones, de los cuales han sido participe y muchas veces culpable, especialmente dentro de su heterogénea composición.

En América Latina no se dio, como en Europa y demás países industrializados, una correlación entre el desarrollo sostenido, el mantenimiento de la capacidad económica, y la equidad distributiva.

Un estudio de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) de 1963, citado por Svampa en su obra sobre los barrios cerrados habla de tres tipos de resignación refiriéndose a la clase media de la región: 1.- resignación en la ambición política; 2.- resignación en la creación económica; y 3.- resignación ante las frustraciones de la política social. Parecería que ello aún nos persigue, aún cuando puedan citarse ciertos logros, desde la época del informe, como el pago del salario en dinero, el derecho a la asociación sindical, el de la igualdad y el de la atención médica mínima, pese a que ello ha sufrido dolorosos retrocesos en la mayor parte de la región.

En un intento de seguir al sociólogo Gino Germani en su clasificación de la clase media, podemos significarla entre aquella de carácter autónomo o independiente integrada por artesanos, industriales, comerciantes, profesionales y técnicos; de aquella bajo relación de dependencia, integrada por funcionarios, profesionales, técnicos y empleados.

Ello señala, una vez más, la heterogeneidad de nuestras clases o sectores medios, con aquellos denominados de “cuello blanco” de otros pequeños y medianos industriales, comerciantes, agricultores y algún tipo de profesional, ligado a la producción, aún cuando ello se entremezcla y no siempre se la logra diferenciar por la retribución de cada sector y la puja distributiva.

No debe dejarse de lado la estrecha relación existente entre el desarrollo de esta clase y el Estado, recordando gobiernos surgidos de sus propias entrañas, en especial en épocas del Estado de Bienestar, con un fuerte sesgo de intervención económica y creador de políticas activas. Debemos recordar que en la región ello comienza su declinación hacia los fines de los 70 y tiene su carta de defunción en los 90.

Es dable señalar que la clase media en la Argentina, en sus distintas variantes, supo ostentar como fuente de trabajo el 40% en 1960, el 44% en 1970, y el 47% en 1980 para luego producir su actual caída, especialmente en el 2001. Desde el espectro social llegó a conformar el 70% de la sociedad argentina, para rondar el 25% a principios del siglo XXI.

Políticamente nace con el gobierno de Yrigoyen. En su conjunto se opone al gobierno peronista, aún cuando éste no realizó todos los pasos necesarios, salvo el episodio de Amadeo Sabatini, para su inclusión, como bien lo señala Jauretche, quizá uno de sus mayores críticos, precisamente él que junto a otros radicales yrigoyenistas del grupo Forja, como Manzi, u otros intelectuales populares como Discepolo, participaron ideológicamente

en especial, del primer gobierno peronista, comenzando en el siguiente a realizar críticas ante la paralización que sufría el régimen en sus realizaciones, principalmente luego de la muerte de Evita.

Si bien los sectores medios, desde lo político, pudieron enfrentar a los sectores populares, encarnados por el peronismo, estos, muchos de estos participan sociológica y económicamente de la forma de vida de los sectores medios, lo cual concluye en una hibridación entre ambos, hoy aún más difusas con la crisis de la clase obrera argentina y la aparición de una nueva clase o sector: el de los excluidos; sin dejar de recordar históricamente, aún cuando fuera temporaria y parcial, de la confluencia de los sectores medios y medios bajos con la clase obrera en los años 70.

No debemos dejar de observar, siguiendo a Pierre Bourdieu, citado por Svampa, la aparición de una nueva clase media hedonista, con la afirmación del placer, distinta a nuestra austera clase media y aún alejada de la vieja burguesía también de iguales caracteres de vida. Esta nueva clase media con tendencia al consumo masivo, encarnada por profesionales, comerciantes, periodistas, especialmente ligados a los servicios.

En la Argentina, las clases medias comienzan a perder el uso del espacio público en los 70 y ello se agudiza a partir de los 90. Forma parte de la desindustrialización del país a favor principalmente de los servicios, y ligado ello a la precarización laboral y la informalidad de la misma. Produce como resultado nuevamente la ruptura de la coalición de los sectores medios con la clase obrera, y a su vez la tremenda fragmentación de la propia clase media, significada principalmente por la distribución regresiva del ingreso.

Comenzaba un proceso explosivo que se habría de producir en la sociedad argentina de fines del siglo XX y principios del XXI, representada principalmente por el abismo entre los que más y menos poseen y la aparición de una nueva clase de “pobres” diferente a los pobres estructurales, que provienen principalmente de amplios sectores de las clases medias pauperizadas.

Los 90 traerían el espejismo del “primer mundo” y del “éxito” como objetivo individual. La desaparición del país productor y el concepto del trabajo como elemento dinamizador de la sociedad produjo, acompañado de la burbuja financiera, que ya conocimos en los 70, la hecatombe y la disolución del lazo social, más allá de equivocadas medidas asimétricas y el favorecimiento a determinados sectores tomadas al dejar la

convertibilidad, con millones de excluidos y otros tantos cercanos a la indigencia.

Dicho proceso favorecido especialmente por la degradación del Estado, como nivelador social y representante del conjunto de la sociedad, aún cuando el mismo había cometido gruesos errores estratégicos que fueron aprovechados por los gurues del mercado que le cargaron todos los males, y la necesidad de su desaparición. Muchos de ellos como empleados de los factores aglutinantes del mercado y algún otro, como Fukuyama que predijo la desaparición del Estado, hoy está reviendo su posición y admitiendo que precisamente fue ello lo que produjo la gran crisis que envolvió principalmente a los países periféricos o en vía de desarrollo.

La deserción del Estado en sus funciones fundacionales como la salud, la educación, la justicia, la seguridad, lo previsional, agravó la situación de las capas medias, expulsando a gran parte de las mismas hacia los sectores excluidos.

Más allá de opiniones a favor o en contra de determinadas corrientes sociales, lo importante, lo trascendente de las realidades de la clase media, pese a sus contradicciones o errores históricos de algunos de sus sectores, oscilando entre las propuestas populares y nacionales con otras autoritarias y antidemocráticas, ha sido una continua usina de cambios y de movilidad social y como tal reconocido por los demás países del mundo.

Dentro de una América del Sur generalmente conformada por grupos con características propias de sus antepasados, Argentina por su conformación social ha sido un producto de razas y costumbres y muchas de sus contradicciones surgen precisamente por esa híbrida gestación.

Será necesario que la misma “no compre” las usinas comunicacionales o de muchos de nuestros dirigentes medios interesados y partícipes del manejo económico, o socios minoritarios sin votos en el directorio, valorizando su propia pertenencia y estableciendo una estrategia que la ligen a los verdaderos intereses nacionales que no son precisamente aquellos que representan tan solo los de unos pocos.

Será su responsabilidad saber donde están sus aliados para poder seguir construyendo una identidad nacional ligada a los intereses de las mayorías populares.

Carlos J. Fernández